

José Ramón TRUJILLO

CIERVO ERRANTE*

Ciervo errante que has abrazado la enfermedad y la muerte, que vagas recorriendo la tiniebla con el corazón tres veces roto, ahora el bosque de hayas es sombrío, un laberinto de malezas y de espinas. En torno a él, la piedra, las cárcavas y estacas, los cercos y las púas, el abrazo del hombre.

Durante largos días ha llovido.

Durante largos días ha llovido intermitentemente y con desgarró sobre el incendio de las voces y sobre los verdes chispazos de la leña envuelta en llamas, sobre la lejanía solemne que empapa cada eco, sobre la estrella del helecho. Durante largos días ha llovido amargamente, y la sed nunca se apaga. Sobre el horizonte permanece un ceño de extrañeza.

Ciervo errante, ¿qué te separa del unicornio y la doncella? ¿Qué te aleja de la caricia azul de sus manos, del tapiz urdido con lana de color, de llaves y viento? En el profundo surco de sus valles los caracoles sueñan con el mar, con el ciego murmullo de las olas, igual que los gorriones sentados en un aire conversan sobre el granero celeste interminablemente mientras construyen sus nidos con estrellas.

* José Ramón Trujillo, *Los mejores poemas de amor*, Madrid, 2013, pp. 365-370.

Durante largo tiempo has caminado de espaldas a la luz, has olvidado el tiempo de cosecha y has dormido sobre una piedra hueca.

Al miserable en su pañuelo de la nada, al arrogante en su fuego con carcinoma, al furioso en su fiebre intolerante, al envidioso en su insomnio de cobre, al que codicia y vive solo entre la herrumbre, intermitentemente y con desgarró llegue una vez más la lluvia negra.

Y para ti, ciervo errante, el más amado, que vagas recorriendo la tiniebla, para ti la primavera.

Una conversación en la penumbra
nace siempre desde fuera,
comienza abandonando la corteza,
revolotea en torno de las bocas,
se vuelve sigilosa
asciende una vez más para adensarse
tal una sangre negra.

Uno estrecha la luz, apelmazada
igual que ropa húmeda; el otro
escucha la tensión de sus arterias,
la voz, se dice, cruje,
está tan cerca, afuera
el aire estremecido le recuerda,
al arañar el cristal de la ventana,
que una conversación en la penumbra
acerca, igual que un filo agazapado
en la maleza, enfermo
de orín, de tardes pasadas al acecho,
entre el vaho cálido y la sangre
conocida, la traición.

(ESPERA)

Como semilla negra
en un país de nieve.

Ah, y entonces
los pájaros.